

Literatura infantil en Costa Rica



JORGE RUEDAS DE LA SERNA

La literatura infantil de América Latina tuvo a sus mayores exponentes —que podríamos llamar “clásicos”— alrededor de los años cuarentas. Grandes escritores no sólo cultivaron este género sino que algunos lograron hacer de él —incluso— un medio profesional de vida. El caso más notable quizás sea el del escritor brasileño Monteiro Lobato, pero no fue el único. Otros escritores consagrados publicaron, sin desdoro, libros para los niños. Una de las razones obedeció al hecho de que la literatura infantil tenía un lugar importantísimo en la educación escolar, principalmente en la enseñanza de la lengua materna, materia en la que esta literatura llegó a constituir un avanzado programa didáctico que aplicaba con éxito principios básicos de la comunicación social, hoy en día utilizados con el mismo éxito pero en forma disolvente por los medios comerciales de comunicación masiva.

Al hablar de literatura infantil o juvenil, lo primero que salta a la vista es que ésta ha pasado a ocupar un lugar marginal en el horizonte de la crítica literaria. Pocas son las historias de las literaturas latinoamericanas que le conceden, aunque sea, un mínimo espacio y son también escasos los investigadores y los críticos que se interesan por este género. Podría decirse que, durante muchos años, la literatura infantil ha sido considerada como una literatura “poco seria”, una especie de subliteratura, algo que está fuera de las preocupaciones de los estudiosos. En mi larga experiencia como profesor no recuerdo haber visto una tesis sobre la literatura infantil. Tampoco recuerdo haber visto en los programas de estudio, de teoría o de crítica literaria, un apartado sobre el tema, a pesar de que la literatura infantil cuenta entre nosotros con una larga tradición. Podría decirse que la literatura infantil y juvenil pasó a formar parte de la investigación exclusivamente pedagógica y, al fin, se convirtió en un campo de experimentación didáctica, perdió por así decir su propia sustancia literaria.

Considero que una de las muchas formas válidas de aproximarse a este tema es tratar de “historizarlo”, como

propone la estudiosa brasileña Marisa Lajolo en un libro sugerente, *Del mundo de la lectura para la lectura del mundo*,¹ escogiendo un periodo en que fue notable su significación social. Por ello he elegido, como un ejemplo, la literatura infantil en Costa Rica, en el proceso de cambio de una sociedad eminentemente agraria hacia otra que evoluciona a una etapa preindustrial. Esto es importante porque nos lleva a “historizar” también el concepto de niño, “de infante”, o de adolescente o “joven”, quienes representan a los virtuales lectores de esta literatura, como explica la profesora Lajolo. Es claro que el infante o el joven a quien está dirigido el cuento “El ruiseñor y la rosa” de Oscar Wilde no es el mismo en quien está pensando Monteiro Lobato cuando escribe *O Sítio do Picapau Amarelo*, o el mismo que tiene en mente Rudyard Kipling para *El libro de las tierras vírgenes*. Tampoco es el mismo joven que leyó *Corazón* de Edmundo de Amicis. Y ninguno de ellos se corresponde con el *Ismaelillo* de José Martí. Para entender mejor esto, situémonos en la Costa Rica de los años treinta.

Escribe Constantino Láscaris en su libro clásico *El Costarricense*:

En un pueblo campesino, no existe la adolescencia. Se pasa directamente de la infancia a la madurez, pues el trabajo así lo exige. Esto en Costa Rica ha empezado ciertamente a cambiar desde la década de los cuarentas, por los leves indicios de industrialización y sobre todo por el desarrollo de la enseñanza superior, que alarga la etapa pre-profesional. Pero todo esto es todavía escaso frente a la vida real en su totalidad.²

En Costa Rica existe la palabra “güilas” para designar a los niños pequeños. Esta palabra, de género epiceno —dice Láscaris—, sirve para designar a ambos sexos. En colectivo, se llama la “güilada” a un grupo de niños, como podría de-

¹ *Do mundo da leitura para a leitura do mundo*, Ática, São Paulo, 1993.

² Constantino Láscaris, *El costarricense*, EDUCA, San José, 1985, p. 139.

cirse aquí “la pandilla”. Recuerda también Láscaris que los niños campesinos o “güilas” empiezan a trabajar desde temprana edad y no es raro ver a uno de “doce años con un gesto adusto, como si fuese de una edad mucho mayor, que se desempeña con tanta seriedad como su progenitor”.³ Lo mismo sucedía con las niñas que, a los doce o trece años, eran ya madres.

Ese mundo eminentemente agrícola pero altamente integrado es por definición, un mundo de contadores de historias. El lugar donde se realizaba la vida social era la “pulpería”, que constituía no sólo la base del comercio sino también el sitio público de reunión, de intercambio de noticias, donde se contaban las historias propias y las ajenas.

Un centro —escribe Láscaris— donde la comunidad toma conciencia de sí misma, por entre todas las tramas de los mutuos conocimientos. En ese centro, ante todo, se baila. Además, se hablará de política, se harán, una vez cada cuatro años, las campañas electorales, se plantean los problemas de la colectividad, se escriben los memoriales para pedir un camino o un puente, se hacen las colectas...⁴

Hasta hoy, en San José quedan como indicadores de domicilios o referencias urbanas los recuerdos de famosas pulperías, que ya no existen pero que siguen cumpliendo una función referencial: “Mi casa queda a cien metros al norte de donde estuvo la ‘Pulpería La Luz’”, es frecuente escuchar como dirección, incluso postal. Todos éstos son los vestigios, aún vivos, de un mundo de carácter peculiar, al que no siempre es fácil penetrar, y que se resiste a perder su identidad.

En todos lados la literatura infantil tradicional, la de la tradición oral, que es la que podríamos denominar como arquetípica, fue delegada a la mujer, especialmente a las abuelas, quienes disponían de más tiempo, sosiego y sabiduría humana para contar “historias” a los niños.⁵ Estas historias, de origen a veces antiquísimo, que las propias abuelas habían oído también de sus abuelas, eran ejemplares, tenían la doble función de sosegar el espíritu inquieto de los infantes y de inculcarles el temor a transgredir las normas de la sociedad tradicional. Entañaban una filosofía de la vida, su transitoriedad, la rapidez con que ésta pasa y la prontitud con que llega la recompensa o el castigo. Ahí se diluía también la nostalgia de la abuela y esa propensión a vivir las vidas de los otros, ante la imposibilidad de vivir la propia, que constituye la principal fascinación de la mente infantil. En el mundo preindustrializado, como explica Gramsci, la mujer se convierte también en un destinatario privilegiado

de la literatura, especialmente de la novela, por esta misma propensión a vivir en las historias de los personajes la vida que no le es posible vivir a ella. En ese sentido, el niño se encuentra en semejante condición. Por otro lado, las historias que las abuelas contaban a los niños eran de personajes adultos, y si, en cambio, se trataba de niños o de animales, éstos ya eran colocados ante la situación de discernir entre lo bueno y lo malo, como los adultos. Todo ello era una preparación para el mundo del trabajo y las responsabilidades que aguardaba a esos infantes.

En Costa Rica, además, la literatura infantil debió a la mujer su gran trascendencia porque en ese país se dio a la educación normal una importancia capital, y la instrucción básica estuvo bajo la responsabilidad casi absoluta de la



mujer. La literatura infantil creció, sobre todo, como un gran programa educativo. Grandes escritoras fueron paralelamente maestras y cultivaron la literatura infantil como programa: Carmen Lira (María Isabel Carvajal), María Leal de Noguera, Lilia Ramos, Adela Ferreto, entre muchas más. Y los escritores, si acaso no escribieron cuentos o poemas infantiles, concedieron siempre un gran valor al género; entre ellos se cuentan, Joaquín García Monge, Omar Dengo, Carlos Luis Sáenz, Clodomiro Picado, Manuel González Zeledón (Magón), Luis Ferrero y ahora Alfonso Chase, verdadera constelación de educadores cuya obra, fundamento de la cultura costarricense, es imprescindible y continúa siendo, por ello mismo, referencia obligada en los textos y en las antologías para estudiantes.

³ M. Salguero, *A través del terruño*, cit. por Láscaris, *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, p. 61-62.

⁵ “Abuelas, madres, niñeras, maestras son las llamadas a contadoras de cuentos infantiles”, escribía don Joaquín García Monge. “Prólogo” a *Cuentos viejos* de María de Noguera, 1938, cit. por Luis Ferrero, *Pensando en García Monge*, Ed. Costa Rica, San José, 1989, pp. 136-137.

El más grande promotor de la literatura infantil fue también el mayor intelectual que ha dado Costa Rica, don Joaquín García Monge. No sólo por sus revistas para niños como *San Selérin* (1923) y *Triquitraque* (1936-1948) sino por su labor de educador y por haber dado forma a todo un programa educativo basado en la literatura infantil. Como maestro del Colegio Superior de Señoritas y de la Escuela Normal, llevó a cabo un trabajo perseverante en favor de la literatura infantil, con tanta entrega, que no cesó sino hasta unas pocas horas antes de su muerte, cuando todavía tuvo fuerzas para enviarle una carta a su discípulo Luis Ferrero, a fin de que trabajara con ahínco para recoger los juegos infantiles folclóricos de Costa Rica antes de que acabaran de perderse.

A dos de sus alumnas, "niñas que deseaban hacerse maestras", don Joaquín las convenció de que recogieran cuentos folclóricos infantiles, una en Guanacaste y otra en los Valles Centrales de Costa Rica. Fueron, respectivamente, Carmen Lira y María Leal de Noguera. Con ese material, escribieron dos obras clásicas de la literatura infantil latinoamericana: *Los Cuentos de mi tía Panchita*, la primera, y *Los Cuentos viejos*, la segunda. Se hicieron, ambas, grandes escritoras. En el prólogo al libro de María Leal escribió don Joaquín:

Carmen Lira y María de Noguera son en Costa Rica dos maestras ejemplares, hacedoras de patria. ¿Y habrá continuadoras...? Porque hay que seguir creando. La cantera es rica y el tiempo exige de los pueblos, si quieren avanzar, la obra del espíritu. De los viejos cuentos saldrán los nuevos, como si dijera: los nuevos proyectos, las nuevas realidades.⁶

A García Monge se debió la primera cátedra de literatura infantil creada en Costa Rica, en 1917, en la Escuela Normal, y segunda en Latinoamérica. La primera había sido creada en el Uruguay. ¿Cuánto no deberán estos dos países, que han tenido en la región el más alto índice educativo, a la literatura infantil, concebida como programa pedagógico? Es algo que valdría mucho la pena estudiar. En 1922 se nombró a Carmen Lira como profesora titular de esa cátedra; en 1936, le siguió en el cargo Adela Ferreto.⁷

Desde entonces la literatura infantil forma parte importante no sólo de los programas de formación de profesores de enseñanza básica sino de la tradición literaria costarricense.

Es importante considerar algunos de los puntos fundamentales del programa de don Joaquín sobre la literatura infantil, siguiendo sobre todo las conversaciones que, en 1948 y poco antes de su muerte, tuvo con Luis Ferrero.

Para don Joaquín, la literatura que más convenía a la niñez costarricense era la que provenía de la gran veta folclórica tradicional:

No hay literatura mejor para aficionar a leer a los niños —por su magia, por su lenguaje, por sus asuntos, por las vivencias que contiene— como la literatura folclórica, como expresión directa del pueblo, o ya incorporada y vuelta a decir por los autores nacionales, los que de veras sientan y comprendan el alma de estos pueblos. No hay medio mejor de crear en firme la patria, o la patria, como estado de cultura. El niño aprende su idioma en el regazo de la madre que canta y cuenta. Las canciones de los niños, los cuentos como sustento de las madres. Me duelen los niños que en los cinco primeros años de su vida los descuidaron en eso sus madres, por ignorancia o por prejuicio.⁸

Pero, para él, el folclore no era solamente el que había tenido su origen en Costa Rica sino, de manera más amplia, el que había sido incorporado a la cultura popular costarricense; si éste no bastaba, ahí estaba el enorme acervo latinoamericano y el que España nos había heredado durante la colonia, y que podía venir de un mundo tan remoto como el turco. El hispanoamericano era, para él, fundamentalmente emoción, intuición y una mente universalizadora, por eso proponía buscar, en la cultura tradicional nuestra, esa sensibilidad que se manifestaba especialmente en el folclore infantil. Ésta era una forma, además, de preservar la soberanía cultural y la soberanía política frente al "descastamiento espiritual".⁹

La literatura infantil no debía ser, por otro lado, la expresión acartonada del "lenguaje escolar de pupitre" sino que debía ser algo vivo; por eso tenía que inspirarse en el habla popular, que era el más castizo y que preservaba, en la gran memoria colectiva, la claridad y llaneza de los grandes clásicos españoles. Dios y la poesía andaban en los pucheros de la cocina, predicaba el maestro recordando a santa Teresa. Por eso, la tarea que encomendaba a sus discípulos de rescatar los juegos, las canciones, los cuentos folclóricos, no se inspiraba en el ejemplo del antropólogo o del filólogo sino en el del poeta, como García Lorca, que se nutre de las tradiciones para transformarlas, asimilarlas y recrearlas. Sólo así, pensaba, se produce la gran literatura infantil. El verdadero creador de esta literatura era, para él, el "hombre-niño", el que es capaz de *traducir* todo ese mundo poético a la claridad prístina que exige la mente infantil, lo cual no significa empobrecer los conceptos sino hacerlos más luminosos, pues el niño que oye las historias no sólo escucha un relato sino que entra a vivir en ese mundo que ve y que palpa y que pasa a constituir el espacio de sus sueños.

Lo que se sembraba en la mente del niño no era sólo para que diera frutos inmediatos. Un programa de educación básica debía ser de largo alcance. Se veía en el niño la simiente del hombre maduro y esto formaba parte de la educación integral del niño. Como dice Luis Ferrero, don Joa-

⁶ *Idem.*

⁷ *Ibid.*, p. 137.

⁸ *Ibid.*, pp. 135-136.

⁹ *Idem.*

quién defendía la formación de educadores humanistas, a la vez prácticos y creadores.¹⁰

Las ideas educativas de García Monge constituyeron principios fundamentales de la enseñanza básica en Costa Rica —y en gran medida lo siguen siendo—, aunque al final de la vida del maestro ocurrirían profundas transformaciones en el país, tanto económicas como políticas, que afectarían todo el sistema educativo y que él, como es lógico pensar, no estuvo ya en capacidad de comprender totalmente. Fue cuando sintió que el exceso de “didactismo” no había hecho sino volver a arrinconar la literatura infantil en el regazo de las abuelas. Y ciertamente, a partir de la denominada segunda República, después de la Guerra del 48, se produjeron, como en toda América Latina, procesos de cambio que vinieron a trastocar todo el esquema educativo.

Lo que es muy importante observar es que, a pesar del surgimiento, en un lapso menor de treinta años, de prácticamente todo el sistema de educación superior con que hoy cuenta el país y de los diversos planes de modernización educativa, la instrucción básica y normal en Costa Rica sigue manteniendo en gran medida sus viejos contenidos programáticos, en los cuales se concede un gran espacio a su literatura infantil; basta, para constatarlo, examinar los libros de texto. Esta literatura constituye una sustancia pedagógica de primer orden y no cabe duda de que el sistema de educación básica es en ese país el sostén del alto nivel educativo, muy superior al resto de los países de la región en la actualidad. Es sorprendente para nosotros constatar que personas de escasos recursos y que desempeñan oficios muy modestos acceden a la educación superior e incluso universitaria, por ejemplo, en la Universidad Estatal a Distancia, y sobre todo, que los costarricenses mantienen el hábito de la lectura.

Tomando como ejemplo el caso, quizás paradigmático, de Costa Rica, considero que debemos estudiar, de manera muy seria, el papel que puede llegar a cumplir la literatura infantil en la educación básica no sólo como método didáctico sino, de manera profunda, como un género literario, que tiene, con la misma dignidad que los demás, sus propios cánones y una larguísima y riquísima tradición. Las preguntas que se hacía García Monge apuntaban a esta cuestión capital: “Hay en éstos una vieja sabiduría, la de todos los cuentos tradicionales. ¿La aprenderán los niños en ellos? ¿Qué aprenderán? No valdría más preguntarse: ¿Gozarán con ellos?”, se planteaba el gran maestro al final de su vida. Quizás más que las exploraciones de la memoria individual o que las construcciones ideológicas que cada época se hace de la mente infantil, sea la propia literatura la que nos dé respuestas pertinentes; todos estos materiales se transforman en el proceso creador y el conocimiento que nos es dable

alcanzar por medio de las experiencias estéticas que nos comunica el artista, probablemente arrojen mayor luz sobre este misterio.

Italo Calvino, uno de los mayores escritores de este siglo, sabía muy bien de los secretos de la literatura infantil. Él mismo escribió libros clásicos, como *Il barone rampante*, que hace las delicias de cualquier niño. Entre los cuentos que tuvo en mayor aprecio se encuentra uno magistral de Hoffman, que incluyó en sus relatos fantásticos predilectos, titulado “El Hombre de Arena”.¹¹ “El descubrimiento del inconsciente —dice Calvino— acontece aquí, en la literatura fantástica romántica, casi cien años antes de que aparezca su primera definición teórica.” Hoffman vivió de 1766 a 1822. El escritor transfigura una de esas leyendas con que las viejas nanas obligaban a los niños a dormir:

Lleno de curiosidad, impaciente por asegurarme de la existencia de este hombre, pregunté a una vieja criada que cuidaba de la más pequeña de mis hermanas, quién era aquel personaje.

—¡Ah, mi pequeño Natanael! —me contestó—, ¿no lo sabes? Es un hombre malo que viene a buscar a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja un puñado de arena a los ojos haciéndoles llorar sangre. Luego, los mete en un saco y se los lleva a la luna creciente para divertir a sus hijos, que esperan en el nido y tienen picos encorvados como las lechuzas para comerles los ojos a picotazos.

Desde entonces, la imagen del Hombre de Arena se grabó en mi espíritu de forma terrible; y, por la noche, en el instante en que las escaleras retumbaban con el ruido de sus pasos, temblaba de ansiedad y de horror [...] y el deseo de indagar el misterio, de ver al legendario Hombre de Arena, aumentaba en mí con los años. El Hombre de Arena me había deslizado en el mundo de lo fantástico, donde el espíritu infantil se introduce tan fácilmente.

No es descabellado pensar que el verdadero origen del cuento fantástico se halle en esas remotísimas historias que han nutrido la imaginación infantil —y en ese decisivo mundo de fantasías que conforma la mente de los niños y que no respeta las convenciones de los adultos forjadas en la experiencia. Mientras que para nosotros, como lectores, la literatura no es más que eso, literatura y ficción, para los niños es otra realidad a donde entran ellos a vivir. Por eso el escucha infantil aprehende y exige que esa realidad le sea narrada con máxima claridad y en vivísimos colores; la metáfora y la representación gestual, como apoyo al relato, tienen muchísima importancia. El gran contador de historias infantiles, como Monteiro Lobato, es, por excelencia, traductor: traduce —recrea— los viejos cuentos y leyendas a la percepción actual y viva del niño. Un arte sin duda difícil que, en su máxima expresión, consiste en transformar la materia no-

¹⁰ “...parece que en la niñez la lección quizá no sea de inmediata utilidad. Se adquiere, sí, y en el subconsciente sigue trabajando; ya de hombres se aprecian sus frutos. Como sustento espiritual, a niño alguno debiera faltarle en la hora oportuna el cuento fantástico creador”, decía don Joaquín. *Ibid.*, p. 137.

¹¹ *Cuentos fantásticos del siglo XIX*. Al cuidado de Italo Calvino, vol. primero, *Lo fantástico visionario*, Ediciones Siruela, Madrid, 1987, pp. 58 y ss.

ble pero lineal de la tradición en imágenes poéticas que habrán de quedar, de manera indeleble, grabadas en el inconsciente infantil, irradiando múltiples significados. Esto es lo que don Joaquín García Monge entendía como "gran literatura infantil" —y no "baratijas"—, que rendiría sus mejores frutos en el individuo adulto. Un ejemplo de esa metamorfosis es el breve cuento —para jóvenes— de la escritora costarricense Delfina Collado,¹² que transcribo a continuación:

Madre Perla¹³

Por llanos y montañas, por templos y chozas abandonadas, por todas partes los amantes eran perseguidos. Odio de tribus los separaba: él pertenecía a la familia de los cabécares y la mujer a la de los bribbris.

Los buscaban para matarlos. Nadie, ni en el cielo ni en la tierra, tendrían compasión de ellos.

Ateridos de frío por el viento crudo, glacial del Katebe Deli, los dos fugitivos pasaron la noche en la intemperie sin poder conciliar el sueño.

Al salir el sol aún se escondían silenciosos, desesperados, aunque resueltos. Cruzaron aquella inhóspita región soportando toda clase de sufrimientos, buscando dónde construir su casa y formar un hogar.

En varias jornadas, subieron y bajaron lomas y montañas, atravesaron ríos y quebradas hasta divisar el mar desde la cumbre de la montaña. Contemplaron el paisaje extasiados, ebrios de emoción. Fue espasmo, alegría pletórica, vivir y amar a borbotones.

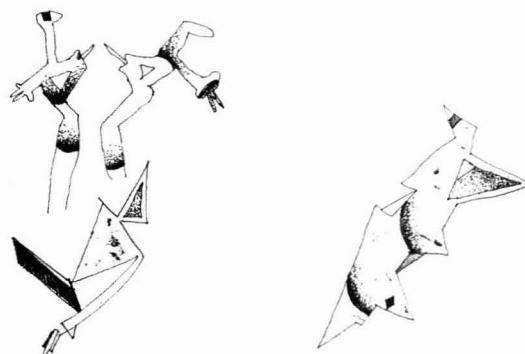
El cuerpo mítico de la india perfumaba la noche envuelto en estela de estrellas. Su sonrisa era frágil y callada, negras y brillantes sus trenzas sobre piel aceitunada.

De día, cuando caminaba desnuda por la playa recogiendo caracoles o pececillos dejados por la marea, sus pechos eran girasoles dorados por el sol.

Al principio todo era sol, luna, pasión y melodía. El indio sobrio, duro, resistente, apasionado por su hembra hizo un cayuco. Luego se metió al mar, el Atlántico era a la vez su sustento y su único camino.

Pobres, casi arañaban para poder subsistir, pero habían aprendido a contentarse con poco. Culebras, gusanos, arañas, hormigas, frutos silvestres, pájaros, huevos de tortuga y pesca aseguraban su existencia.

El amor los quemaba y fundía: día, noche, astros, ternura y necesidades los enlazaban con un hilo de miles de nudos resistentes.



La tierra que tenían sólo se alteraba en el invierno, cuando en la época de las crecientes quedaban sumergidos hasta la cintura y la choza era destruida por el vendaval.

La lluvia gemía haciendo llorar de muerte a los sembradíos.

Con el alma dando vuelta a sus supersticiones, el indio pensó: "Llueve, habrá poco maíz, será un año largo y pobre."

Parecían espectros acosados por un tenebroso atavismo. Y decidió hacerse a la mar.

El sol también los había olvidado. El agua se descolgó una y otra vez del cielo. Los trillos se hicieron ríos y los riachuelos torrentes. El secreto de la tierra era cada vez más profundo. La montaña se convirtió en un muro verde negro formado por árboles milenarios y colosales. A un costado el pantano impenetrable y al otro el Reventazón rugidor, impetuoso y trepidante.

El Atlántico enfurecido al frente.

Pasó un tiempo, el indio no regresaba con sus redes. La mujer contempló a su hijo enfermo. Necesitaba ir al poblado más cercano en busca del Sukia, para que se lo curara.

Ni el perro quiso acompañarla. Sola en el bote, con el niño enfermo envuelto en unos trapos, ajustado a su pecho, la india comenzó a remar con gran esfuerzo. Ni sombra de vida humana, sólo agua; agua a su alrededor. Más agua desde lo alto. Gris y negro, la tormenta se le venía encima. Las olas cada vez más grandes, el bote cada vez más pequeño, el agua cada vez más pesada.

El niño comenzó a llorar apretado a su pecho, la madre lo sentía arder en fiebre y lo acercó más a ella. En el movimiento se le soltó un remo que se sumergió de inmediato. Trató de recuperarlo y en el intento una ola dio vuelta al bote. Un remo o una tabla la golpeó y se hundió en el laberinto de las olas.

Cuando volvió en sí la rodeaba un silencio impresionante. Vapores grises la envolvían. La marea empujaba troncos y tablas hacia la playa. La criatura ya no estaba en sus brazos.

Se puso de pie trabajosamente, miró a su alrededor tratando de hallarle. No había rastro de él. Con humo de lágrimas en la voz empezó a llamarlo, mientras se internaba de nuevo en las aguas. Sus manos aprisionaron sus senos maravillosamente rebosantes de leche que empezaban a gotear. Primero una gota, luego otra y otra más fueron cayendo entre las olas.

Una a una las gotas se transformaron en perlas que rodaron infinitas por el fondo del mar. ♦

¹² Delfina Collado Aguilar, costarricense. Narradora, poeta, crítica de arte. En 1979 publicó en la Editorial Costa Rica su libro de cuentos *Mundo de Tipirito*, que le granjeó un sitio especial en la literatura costarricense para jóvenes. Ha publicado, *Tierra oscura*, *Bajo la luna de jade* y muchos otros títulos de literatura infantil y juvenil, además de otros relatos y poesías. Es miembro fundador del Instituto de Literatura Infantil y Juvenil de Costa Rica.

¹³ Delfina Collado, *Tierra oscura*, prólogo de Carlos Luis Sáenz, EDUCA, San José, 1985, pp. 11-14.